

PQ6176

M4

V.9



—
ES PROPIEDAD
—

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



ROMANCES CABALLERESCOS

DEL

CICLO CARLOVINGIO



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

POETAS LÍRICOS CASTELLANOS

164.

Siguense los romances que tratan historias francesas, y este primero es el Romance del conde Dirlos y de las grandes venturas que hubo (1).

Estábase el conde Dirlos,—sobrino de don Beltran,
asentado en sus tierras,—deleitándose en cazar,
cuando le vinieron cartas—de Cárlos el emperante.
De las cartas placer hubo,—de las palabras pesar,
de lo que las cartas dicen—á él parece muy mal.
«Rogar vos quiero, sobrino,—el buen frances natural,
»llegueis vuestros caballeros,—los que comen vuestro pan;
»darles heis (2) doblado sueldo—del que les soledes dar,
»dobles armas y caballos,—que bien menester los (3) han :
»darles heis el campo franco—de todo lo que ganaren;
»partiros heis á los reinos—del rey moro Aliarde.
»Desafiamiento (4) me ha dado—á mi y á los doce pares :

(1) Este epígrafe es tomado de la *Silva*. Todas las ediciones del *Cancionero de Romances* comienzan con el de «Romance, etc.»—En la *Floresta* se dice siempre: «Conde de Irlos.»

(2) «Hais.» *Canc. de Rom.* de 1550.

(3) «Lo.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550. *Floresta*.

(4) «Deseximiento.» *Canc. de Rom.*, s. a. y eds. de 1550 y 1554; en la de 1555 y en la *Floresta* hay también «desafiamiento».

010193

»grande mengua me seria—que todos hobiesen de andar.
 »No veo caballero en Francia—que mejor pueda enviar,
 »sino á vos, el conde Dirlos,—esforzado en pelear.»
 El conde que esto oyó,—tomó tristeza y pesar,
 no por miedo de los moros—ni miedo de pelear,
 mas tiene mujer hermosa,—mochacha de poca edad.
 Tres años anduvo en armas—para con ella casar,
 y el año no era cumplido,—de ella lo mandan apartar.
 De que esto él pensaba—tomó de ello gran pesar;
 triste estaba y pensativo,—no cesa de sospirar :
 despide los falconeros,—los monteros manda pagar,
 despide todos aquellos—con quien solia deleitarse;
 no burla con la condesa—como solia burlar;
 mas muy triste y pensativo—siempre le veian andar.
 La condesa que esto vido,—llorando empezó de hablar :
 —¡Triste estades vos, el conde!—¡triste, lleno de pesar
 de esta tan triste partida—para mí de tanto mal!
 Partir vos quereis, el conde,—á los reinos de Aliarde,
 dejáisme en tierras ajenas—sola y sin quien me acompañe.
 ¿Cuantos años, el buen conde,—haceis cuenta de tardar?
 Yo volverme he á las tierras,—á las tierras de mi padre;
 vestirme he de un paño negro,—ese (1) será mi llevar;
 maldiré mi hermosura,—maldiré mi mocedad,
 maldiré aquel triste dia—que con vos quise casar.
 Mas si vos queredes, conde,—yo con vos querria andar :
 mas quiero perder la vida,—que sin vos de ella gozar.—
 El conde desde esto oyera—empezóla de mirar;
 con una voz amorosa—presto tal respuesta hace :
 —No lloredes vos, condesa,—de mi partida no hayais pesar;
 no quedaréis (2) en tierra ajena,—sino en vuestra á vuestro
 [mandar.
 que ántes que yo me parta—todo vos lo quiero dar.
 Podeis vender cualquier villa,—y empeñar cualquier ciudad,

(1) «Esa.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.(2) «Quedais.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—*Floresta*.

como principal heredera—que nada vos puedan quitar.
 Quedaréis encomendada—á mi tio don Beltran
 y á mi primo Gaiferos,—señor de Paris la grande :
 quedaréis encomendada—á Oliveros y á Roldan,
 al emperador, y á los doce—que á una mesa comen pan;
 porque los reinos son léjos—del rey moro Aliarde;
 que son cerca la Casa Santa—allende del nuestro mar.
 Siete años, la condesa,—todos siete me esperad;
 si á los ocho no viniere,—á los nueve vos casad;
 seréis de veinte y siete años—que es la mejor edad :
 el que con vos casare, señora,—mis tierras tome en ajuar :
 gozará de mujer hermosa,—rica y de gran linaje.
 Bien es verdad, la condesa,—que conmigo vos querria llevar;
 mas yo voy para batallas,—y no cierto para holgar.
 Caballero que va en armas—de mujer no debe curar,
 porque con el bien que os quiero—la honra habria de olvi-
 Mas aparejad, condesa,—mandad vos aparejar, [dar.
 iréis conmigo á las cortes,—á Paris esa ciudad.
 Toquen, toquen mis trompetas,—manden luego cabalgar.—
 Ya se parte el buen conde;—la condesa otro que tal :
 la vuelta van de Paris—aprieta, no de vagar.
 Cuando son á una jornada—de Paris esa ciudad,
 el emperador que lo supo—á recibir se lo sale.
 Con él sale Oliveros,—con él sale don Roldan,
 con él Arderin de Ardeña (1),—y Urgel de la fuerza grande;
 con él infante Guarinos,—almirante de la mar;
 con él sale el esforzado—Renaldos de Montalvan,
 con él van todos los doce—que á una mesa comen pan,
 sino el infante Gaiferos—y el buen conde don Beltran,
 que salieron tres jornadas—mas que todos adelante.
 No quiso el emperador—que hubiesen de aposentar,
 sino en sus reales palacios—posada les mandó dar.
 Empiezan luego su partida—aprieta y no de vagar;
 dale diez mil caballeros—de Francia mas principales,

(1) «Dardin Dardeña.» *Floresta*.

y con mucha otra gente—y gran ejército real.
 El sueldo les paga junto—por siete años y mas.
 Ya, tomadas buenas armas,—caballos otro que tal,
 enderezan su partida,—empiezan de cabalgar;
 cuando el buen conde Dirlos—ruega mucho al emperante
 que él y todos los doce—se quisiesen ayuntar.
 Cuando todos fuéron juntos—en la gran sala real,
 entra el conde y la condesa,—mano por mano se van:
 cuando son en medio de ellos,—el conde empezó de hablar:
 —A vos lo digo, mi tío,—el buen viejo don Beltran,
 y á vos, infante Gaiferos,—y á mi buen primo carnal,
 y esto delante de todos—lo quiero mucho rogar,
 y al muy alto emperador,—que sepa mi voluntad,
 como villas y castillos,—y ciudades y lugares
 los dejo á la condesa,—que nadie las pueda quitar;
 mas como principal heredera—en ellas pueda mandar,
 en vender cualquiera villa,—y empeñar cualquier ciudad:
 de aquello que ella hiciere—todos se hayan de agradar.
 Si por tiempo yo no viniere—vosotros la queráis casar:
 el marido que ella tome—mis tierras haya en ajuar;
 y á vos la encomiendo, tío,—en lugar de marido y padre;
 y á vos, mi primo Gaiferos,—por mí la queráis honrar;
 y encomiéndola á Oliveros,—y encomiéndola á Roldan,
 y encomiéndola á los doce,—y á don Carlos el emperante.—
 A todos les place mucho—de aquello que el conde hace.
 Ya se parte el buen conde—de París esa ciudad:
 la condesa que ir lo vido—jamás lo quiso dejar
 fasta orillas de la mar—do se habia de embarcar.
 Con ella va don Gaiferos,—con ella va don Beltran,
 con ella va el esforzado—Renaldos de Montalvan,
 sin otros muchos caballeros—de Francia mas principales.
 Atan triste despedida—el uno del otro hacen,
 que si el conde iba triste,—la condesa mucho mas.
 Palabras (1) están diciendo—que era dolor de escuchar:

(1) Palabras se. *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—*Floresta.*

el conorte que se daban—era contino llorar.
 Con gran dolor manda el conde—hacer vela y navegar.
 Como sin la condesa se vido—navegando por la mar,
 movido de muy gran saña,—movido de gran pesar,
 diciendo que por ningún tiempo—de ella lo harán apartar.
 Sacramento (1) tiene hecho—sobre un libro misal
 de jamas volver en Francia,—ni en ella comer pan,
 ni que nunca enviará carta,—porque de él no sepan parte.
 Siempre triste y pensativo,—puesto en pensamiento grande,
 navegando en sus jornadas—por la tempestuosa mar,
 llegado es á los reinos—del rey moro Aliarde.
 Ese gran solían de Persia,—con poderío muy grande
 ya les estaba aguardando—á las orillas del mar.
 Cuando vino cerca tierra—las naves mandó llegar;
 con un esfuerzo esforzado—los empieza de esforzar.
 —¡Oh esforzados caballeros!—¡oh mi compañía leal,
 acnérdeseos que dejamos—nuestra tierra natural!
 de ellos dejamos mujeres—de ellos hijos, de ellos padres
 solo para ganar honra,—y no para ser cobardes.
 Pues esforzádos, caballeros,—esforzad en pelear:
 yo llevaré la delantera,—y no me queráis dejar.—
 La morisma era tanta,—tierra no les dejan tomar.
 El conde era esforzado—y discreto en pelear,
 manda toda la (2) artillería—en las sus barcas posar.
 Con el ingenio que traía—empiézales de tirar;
 los tiros eran tan fuertes,—que (3) por fuerza hacen lugar.
 Veréis sacar los caballos,—y muy apriesa cabalgar:
 tan fuerte dan en los moros,—que tierra les hacen dejar.
 En tres años que el buen conde—entendió en pelear,
 ganados tiene los reinos—del rey moro Aliarde.
 Con todos sus caballeros—parte por iguales partes;
 tan grande parte da al chico,—tanto le da como al grande:

(1) «Juramento.» *Silva y Floresta.*

(2) «La» falta en el *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(3) Falta en el *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550, y en la *Flor.*

solo él se retraia—sin querer algo tomar (1).
 Armado de armas blancas, —y cuentas para rezar,
 ¡tan triste vida hacia,—que no se puede contar!
 El soldan le hace tributo,—y los reyes de allende el mar:
 de los tributos que le daban—á todos hacia parte.
 A todos hace mandamiento,—y á los mejores jurar,
 ninguno sea osado—hombre á Francia enviar,
 y al que cartas enviase—luego le hará matar.
 Quince años el conde estuvo—siempre allende del mar,
 que no escribió á la condesa,—ni á su tío don Beltran,
 ni escribió á los doce,—ni menos al emperante.
 Unos creían que era muerto,—otros anegado en mar.
 Las barbas y los cabellos—nunca los quiso afeitar;
 tiénelos fasta la cinta,—fasta la cinta, y aun mas:
 la cara mucho quemada—del mucho sol y del aire,
 con el gesto demudado—muy fiero y espantable.
 Los quince años cumplidos,—deciseis querían entrar,
 acostóse en su cama—con deseo de holgar.
 Pensando estaba, pensando—la triste vida que hace,
 pensando en aquel tiempo—que solía festejar,
 cuando justas y torneos—por la condesa solía armar.
 Dormióse con pensamiento,—y empezara de holgar,
 cuando hace un triste sueño—para él de gran pesar:
 que veía estar la condesa—en brazos de un infante.
 Salto diera de la cama—con un pensamiento grande,
 gritando con altas voces,—no cesando de hablar: [gar!—
 —¡toquen, toquen mis trompetas,—mi gente manden lle-
 Pensando que había moros—todos llegado (2) se han.
 Desde todos son llegados,—llorando empezó á hablar:
 —¡Oh esforzados caballeros!—¡oh mi compañía leal!

(1) Este verso falta en la *Silva*, en el *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550, y está tomado de las ed. post. del *Canc. de Rom.*—En la *Flores. a* faltan los versos desde el que dice

tan grande parte da al chico
 hasta el que dice

tan triste vida hacia.

(2) «Llegados.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—*Flor.*

yo conozco aquel ejemplo—que dicen, y es (1) verdad,
 que cualquier (2) hombre nacido—que es de hueso y de car-
 el mayor deseo que tiene (3)—era en sus tierras holgar. [ne,
 Ya cumplidos son quince años,—y en deciseis quiere entrar,
 que somos en estos reinos—y estamos en soledad.
 Quien dejó (4) mujer hermosa—vieja la ha de hallar;
 el que dejó hijos pequeños—hallarlos ha hombres grandes;
 ni el padre conocerá al hijo,—ni el hijo ménos al padre.
 Hora es, mis caballeros,—de ir á Francia á holgar,
 pues llevamos harta honra—y dineros mucho mas.
 Lleguen, lleguen luego naves,—mándolas aparejar,
 ordenemos capitanes—para las tierras guardar.—
 Ya todo es aparejado,—ya empiezan á navegar.
 Cuando todos son llegados—á las orillas del mar,
 llorando de los sus ojos—el conde empieza de hablar (5):
 —¡Oh esforzados caballeros!—¡oh mi compañía leal!
 una cosa rogar vos quiero,—no me la queráis negar;
 quien secreto me tuviere—yo le he de galardonar,
 que todos hagáis juramento—sobre un libro misal,
 que en parte ninguna que sea—no me hayáis de nombrar,
 porque con el gesto que traigo—ninguno me conocerá (6);
 mas viéndome con tanta gente—y un ejército real,
 si vos demandan quién soy—no les digáis la verdad:
 mas decid que soy mensajero—que vengo de allende el mar,
 que voy con una embajada—á don Cárlos el emperante,
 porque es hecho un mal suyo (7),—y quiero ver si es ver-
 Con el alegría (8) que llevan—de á Francia se tornar, [dad.—

(1) «Es gran.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(2) «Todo.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—*Flor.*

(3) «Tenia.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(4) «Tenia.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(5) «Llorando el conde de sus ojos les empieza de hablar.»

Canc. de Rom. s. a. y ed. de 1550.

(6) «Ningunos me conocerán.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

«Nadie me conocerá.» *Flor.*

(7) «Porque he hecho un mal sueño.» *Flor.*

(8) «Con el alegrir.» *Canc. de Rom.*, ediciones posteriores.—«En el alegría.» *Flor.*

todos hacen sacramento—de tenerle poridad.
 Embárcanse muy alegres,—empiezan de navegar;
 el viento tienen muy fresco—que placer es de mirar.
 Allegados son en Francia,—en sus tierras naturales.
 Cuando el conde se vió en tierra,—empieza de caminar :
 no va la vuelta de las cortes—de Cárlos el emperante,
 mas va la vuelta de sus tierras—las que solia mandar.
 Ya llegado que es á ellas,—por ellas empieza de andar.
 Andando por su camino—una villa fué á hallar;
 llegado se habia cerca—por con alguno hablar.
 Alzó los ojos en alto—á la puerta del lugar,
 llorando de los sus ojos—comenzara de hablar :
 —¡Oh esforzados caballeros,—de mi dolor habed pesar,
 armas que mi padre puso—mudadas las veo estar!
 O es casada la condesa,—ó mis tierras van á mal.—
 Allegóse á las puertas—con gran enojo y pesar,
 y mirando por entre ellas—gentes de armas vido estar.
 Llamando está uno de ellos—mas viejo en antigüedad;
 de la mano él lo toma—y empíezale de hablar :
 —Por Dios te ruego, el portero,—me digas una verdad.
 ¿De quién son aquellas (1) tierras?—¿Quién las solia mandar?
 —Pláceme, dijo el portero,—de decir vos la verdad;
 ellas eran del conde Dirlos,—señor de aqueste lugar,
 agora son de Celinos,—de Celinos el infante.—
 El conde desde que esto oyera—vuelto se le ha la sangre;
 con una voz demudada—otra vez le fué á hablar :
 —Por Dios te ruego, hermano,—no te quieras enojar,
 que esto que agora me dices—tiempo habrá que te lo pague
 ¿Dime si las heredó Celinos,—ó si las fué á mercar?
 ¿ó si en juego de dados—si las fuera á ganar?
 ¿ó si las tenia por fuerza—que no las quiere tornar?—
 El portero que está oyera—presto le fué á hablar :
 —No las heredó, señor,—que no le vienen de linaje,
 que hermanos tiene el conde—aunque se querian mal,

(1) «Aquestas.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—*Flor.*

y sobrinos tiene muchos—que las podrian (1) heredar,
 ni ménos las ha mercado,—que no las basta á pagar,
 que Irlos es muy grande ciudad,—y ha muchas villas y lu-
 [gares.

Cartas hizo contrahechas,—que al conde muerto lo han,
 por casar con la condesa—que era rica y de linaje;
 y aun ella no casara,—cierto á su voluntad,
 sino por fuerza de Oliveros,—y á porfia de Roldan,
 y á ruego de Carlo (2) Magno,—de Francia rey emperante,
 por casar bien á Celinos,—y ponerle en buen lugar;
 mas el casamiento han hecho—con una condición tal,
 que no allegase á la condesa,—ni á ella haya de llegar;
 mas por él se desposara—ese paladin Roldan.
 Ricas i estas se hicieron—en Irlos esa ciudad;
 gastos, galas y torneos—muchos, de los doce pares.—
 El conde de que esto oyera—vuelto se le ha la sangre,
 por mucho que disimula—no cesa de sospirar,
 diciéndole está : —Hermano,—no te enojas de contar,
 ¿quién fué en aquellas bodas?—¿y quién no quiso estar?
 —S. fior, en ellas fué Oliveros—y el emperador y Roldan :
 fué Belardos y Montesinos,—y el gran conde don Grimal-

[do (3),

y otros muchos caballeros—de aquellos de los doce pares.
 Pesó mucho á Gaiferos,—pesó mucho á don Beltran,
 más pesó á don Galvan—y al fuerte Merian.
 Ya que eran desposados,—misa les quisieran (4) dar;
 allegó un falconero—á don Cárlos (5) emperante,
 que venia de aquellas tierras—de allá de allende (6) el mar,
 dijo, que el conde era vivo,—y que traia señal.

(1) «Podian.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—*Flor.*

(2) «Cárlos.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(3) «Grimalde.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550. «Grimaldos.» *Flor.*

(4) «Querian.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550. *Flor.*

(5) «Carlos el.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550. *Flor.*

(6) «De allende.» *Silva*, 1550.

Plugo mucho á la condesa,—pesó mucho al infante,
 porque en las grandes fiestas—hubo grande desbarate (1).
 Allá traen grandes pleitos—en las cortes del emperante,
 por lo cual es vuelta Francia—y todos los doce pares.
 Ella dice, que un año de tiempo—pidió antes de desposar,
 por enviar mensajeros—muchos allende la mar;
 si el conde era ya muerto,—el casamiento fuese adelante;
 si era vivo, bien sabia—que ella no podia casar.
 Por ella responde Gaiferos,—Gaiferos y don Beltran;
 Por Celinos era Oliveros,—Oliveros y Roldan.
 Creemos que es dada sentencia,—ó se queria ahora dar,
 porque ayer hubimos cartas—de Cárlos el emperante,
 que quitemos aquellas armas,—pongamos las naturales,
 y que guardemos las tierras—por el Conde don Beltran;
 que ninguno de Celinos—en ellas no pueda entrar.—
 El conde desque esto oyera,—movido de gran pesar,
 vuelve riendas al caballo,—en el lugar no quiso entrar;
 mas allá en un verde prado—su gente mandó llegar.
 Con una voz muy humilde—les empieza de hablar:
 —¡Oh esforzados caballeros!—¡oh mi compañía leal!
 el consejo que os pidiere—bueno me lo querais dar.
 ¿Si me consejais que vaya—á las cortes del emperante?
 ¿ó que mate á Celinos,—á Celinos el infante?
 ¿Volverémos en allende—do seguros podemos estar?
 Caballeros que esto oyeron—presto tal respuesta hacen:
 —¡Callede, conde, callede!—¡Conde, no digais atal!
 No mireis á vuestra gana,—mas mirad á don Beltran,
 y esos buenos caballeros—que tanta honra vos hacen.
 Si vos matais á Celinos—dirán que fuístes cobarde:
 sino que vais á las cortes—de Cárlos el emperante,
 conoceréis quien bien os quiere—y quien vos queria mal.
 Por bueno que es Celinos,—vos sois de tan buen linaje,
 y teneis dos tantas tierras—y dineros que gastar.
 Nosotros vos prometemos—con sacramento leal,

(1) «Grandes disparates.» *Flor.*

que somos diez mil caballeros—y franceses naturales,
 de por vos perder la vida—y cuanto tenemos gastar,
 quitando al emperador,—contra cualquier otro grande.—
 El conde desque esto oyera—respuesta ninguna hace:
 da de espuelas al caballo,—va por el camino adelante:
 la vuelta va de París—como aquel que bien la sabe.
 Cuando fué á una jornada—de las cortes del emperante,
 otra vez llega á los suyos—y les empieza de hablar:
 —Esforzados caballeros,—una cosa os quiero rogar:
 siempre tomé vuestro consejo,—el mio querais tomar,
 porque si entro en París—con ejército real
 saldrá por mí el emperador—con todos los principales;
 Si nõ me conoce de vista,—conocerme ha en el hablar
 y así no sabré de cierto—todo mi bien y mi mal.
 Al que no tiene dineros—yo le daré que gastar:
 los unos vuelvan á zaga (1),—los otros pasen adelante,
 los otros en derredor.—Posad (2) en villas y lugares:
 yo solo con cient caballeros—entraré en la ciudad
 de noche y escurecido—que nadie de mí sepa parte.
 Vosotros en ocho días—podreis (3) poco á poco entrar:
 hallaréisme en los palacios—de mi tío don Beltran,
 aparejarvos he posada—y dineros que gastar.—
 Todos fuéron muy contentos,—pues al conde así le place.
 Noche era escurecida—cerca diez horas ó mas,
 cuando entró el conde Dirlos—en París esa ciudad.
 Derecho va á los palacios—de su tío don Beltran,
 á lo cual atravesaban—por medio de la ciudad:
 vido asomar tantas hachas,—gente de armas mucho mas:
 por do él pasar habia,—por allí van á pasar.

(1) «A caza.» *Canc. de Rom. s.*
 a. y ed. de 1550.

(2) «Pasad.» *Canc. de Rom. s. a.*
 y ed. de 1550.—«Por las villas.»
 Eds. post. del *Canc. de Rom.*, En la
Florista este verso y el que le an-

tecede son enteramente desfigura
 dos, pues dicen:

«Otros al rededor poseen
 (sic, l. posen).
 en las villas y lugares.»

(3) «Podeis.» *Canc. de Rom. s.*
 a. y ed. de 1550. *Flor.*

El conde de que los vido—los suyos manda apartar;
 desde todos son pasados—el postrero fué á llamar :
 —Por Dios te ruego, escudero,—me digas una verdad :
 ¿quién son esta gente de armas—que agora van por ciudad?—
 El escudero que esto oyera—tal respuesta le fué á dar :
 —Señor, la condesa Dirlos—viene del palacio real,
 sobre un pleito que traía—con Oliveros y Roldan.
 Los que la llevan en medio—son Reinaldos (1) y don Beltran :
 aquellos que van zagueros,—donde tautas lumbres van,
 son el infante Gaiferos—y el fuerte Merian.—
 El conde de que esto oyera—de la ciudad él se sale.
 Debajo de una espesura—para cabe los adarves,
 diciendo está á los suyos : —No es hora de entrar,
 que desde sean apeados—tornarán á cabalgar.
 Yo quiero entrar en hora—que de mí no sepan parte.—
 Allí están razonando—de armas y de hechos grandes
 hasta que era media noche,—los gallos querían cantar.
 Vuelven riendas á los caballos,—y entran en la ciudad.
 La vuelta van de los palacios—del buen conde don Beltran :
 antes de llegar á ellos—de dos calles y aun mas,
 tantas cadenas hay puestas—que ellos no pueden pasar.
 Lanzas les ponen á los pechos,—no cesando de hablar :
 —¡Vuelta, vuelta, caballeros,—que por aquí no hay pasaje!
 que aquí están los palacios—del buen conde don Beltran,
 enemigo de Oliveros,—enemigo de Roldan,
 enemigo de Belardos,—y de Celinos el infante.—
 El conde desde esto oyera—presto tal respuesta hace :
 —Ruégote yo, caballero,—que me quieras escuchar :
 anda, ve, y dile luego—á tu señor don Beltran,
 que aquí está un mensajero—que viene de allende el mar :
 cartas traigo del conde Dirlos,—su buen sobrino carnal.—
 El caballero con placer—empieza de aguijar :
 presto las nuevas le daba—al buen conde don Beltran,

(1) «Roldan.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—Claro está que la buena lección es la de la *Silva* y de la *Floresta*.

el cual ya se acostaba—en su cámara real.
 Desde tal nueva oyera—tornóse á vestir y calzar :
 caballeros al derredor—trescientos trae por guardarle;
 hachas muchas encendidas—al patin hizo bajar;
 mandó que al mensajero—solo lo dejen entrar.
 Cuando fué en el patin—con la mucha claridad
 mirándole está, mirando,—viéndole como salvaje.
 Como el que está espantado—á él no se osa llegar :
 bajito el conde le habla—dándole muchas señales.
 Conocióle don Beltran—entónces en el hablar,
 y con los brazos abiertos—corre para le abrazar;
 diciéndole está : —¡Sobrino!—No cesando de sospirar;
 el conde le está rogando—que nadie de él sepa parte.
 Envían presto á las plazas,—carnecerías otro que tal,
 para mercalles (1) de cena—y mándales aparejar.
 Mandan que á sus caballeros—todos los dejen entrar;
 que les tomen los caballos—y los hagan bien pensar.
 Abren muy grandes estudios,—mándalos aposentar.
 Allí entra el conde y los suyos,—ninguno otro dejan entrar,
 porque no conozcan el conde—ni de él supiesen parte.
 Veréis todos los del palacio—unos con otros hablar,
 si es este el conde Dirlos,—o quien otro puede estar,
 segun el recibimiento—le ha hecho don Beltran.
 Oídolo ha la condesa—á las voces que dan grandes :
 mandó llamar sus doncellas—y encomienza de hablar :
 —¿Qué es aquesto, mis doncellas,—no me lo queráis negar,
 que esta noche tanta gente—por el palacio sienta andar?
 Decídmelo, ¿dó es el señor—el mi tío don Beltran?
 ¿Si quizá dentro de mis tierras—Roldan ha hecho algún mal?
 Las doncellas que lo oyeran—atal respuesta le hacen :
 —Lo que vos sentís, señora,—no son nuevas de pesar,
 es venido un caballero—así propio como salvaje,
 muchos caballeros con él—¡gran acatamiento le hacen!

(1) «Mercalles.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—Por mercalles «Flor».

¡muy rica cena le guisa—el buen conde don Beltran!
 Unos dicen que es mensajero—que viene de allende el mar;
 otros que es el conde Dirlos,—nuestro señor natural.
 Allá se han (1) encerrado,—que nadie no puede entrar;
 segun veen el aparejo—creen todos que es verdad.—
 La condesa que esto oyera—de la cama fué á saltar;
 apriesa demanda el vestido,—apriesa demanda el calzar,
 muchas damas y doncellas—y empiezan de aguijar.
 A las puertas de los estudios—grandes golpes manda dar,
 llamando á don Beltran,—que dentro la mande entrar.
 No queria el conde Dirlos—que la dejasen entrar:
 don Beltran salió á la puerta—no cesando de hablar:
 —¿Qué es esto, señora prima?—no tengais priesa tan grande,
 que aun no sé bien las nuevas—que el mensajero me trae,
 porque es de tierras ajenas—y no entiendo el lenguaje.—
 Mas la condesa por esto—no quiere sino entrar;
 que mensajero de su marido—ella le quiere honrar.
 De la mano la entraba—ese conde de Beltran:
 de que ella es de dentro—al mensajero empieza á mirar;
 él mirar no la osaba,—y no cesa de sospirar,
 meneando la cabeza—los cabellos ponía á la faz.
 Desde que la condesa oyera—á todos callar y no hablar,
 con una voz muy humilde—empieza de razonar:
 —¡Por Dios vos ruego, mi tío,—por Dios vos quiero rogar,
 pues que este mensajero—viene de tan luengas partes,
 que si no terná dineros,—ni tuviere que gastar,
 decid, si algo (2) le falta—no cese de demandar!
 Pagarle hemos su gente,—darle hemos que gastar:
 pues viene por mi señor,—yo no le puedo faltar
 á él y á todos los suyos,—aunque fuesen muchos mas.—
 Estas palabras hablando—no cesaba de llorar.
 Mancilla hubo su marido—con el amor que le tiene grande:
 pensando de consolarla—acordó de la abrazar,

(1) «Ha.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(2) «Nada.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

y con los brazos abiertos—iba para la tomar.
 La condesa espantada—púsose tras don Beltran:
 el conde con grandes sospiros—comenzó de hablar:
 —¡No fuyades, la condesa,—ni os querais espantar,
 que yo soy el conde Dirlos—vuestro marido carnal!
 Estos son aquellos brazos—en que solíades holgar.—
 Con las manos se aparta—los cabellos de la haz:
 conoció la condesa—entónces en el hablar;
 en sus brazos ella se echa—no cesando de llorar.
 —¿Qué es aquesto, mi señor?—¿quién vos hizo ser salvaje?
 ¡No es este aquel gesto—que vos teníades ante!
 Quiten vos aquestas armas,—otras luego os quieran dar;
 traigan de aquellos vestidos—que solíades llevar.—
 Ya les paraban las mesas,—ya les daban á cenar,
 cuando empezó la condesa—á decir y á hablar:
 —¡Cierto parece, señor,—que lo hacemos muy mal,
 que el conde está ya en sus tierras—y en la su heredad,
 que no avisemos aquellos—que su honra quieren mirar!
 No lo digo aun por Gaiferos,—ni por su hermano Merian,
 sino por el esforzado—Renaldos de Montalvan.
 ¡Bien sabedes, señor tío,—cuánto se quiso mostrar,
 siendo siempre con nosotros—contra el paladin Roldan!—
 Lllaman luego dos caballeros—de aquesos mas principales,
 el uno envían á Gaiferos,—otro á Renaldos de Montalvan.
 Apriesa viene Gaiferos,—apriesa y no de vagar:
 desde que vido la condesa—en brazos de aquel salvaje,
 á ellos él se allega—y empezólés de hablar.
 Desde que el conde lo vido,—levantóse á abrazarle;
 desde que se han conocido—grande acatamiento se hacen.
 Ya puestas eran las mesas,—ya les daban á cenar:
 la condesa lo servía—y estaba siempre delante,
 cuando llegó don Renaldos—Renaldos de Montalvan,
 y desde que el conde lo vido—hubo un placer muy grande.
 Con una voz amorosa—le empezara de hablar:
 —¡Oh esforzado conde Dirlos,—de vuestra venida me place,
 aunque agora vuestros pleitos—mejor se podrán librar!

Mas si yo fuera creído,—fueran fechos ántes de vos llegar;
ó no me halládes vivo,—ó al paladin Roldan.—
El conde desde esto oyera—grandes mercedes le hace
diciendo:—Juramento ha hecho—sobre un libro misal
de jamas se quitar las armas,—ni con la condesa holgar,
hasta que haya cumplido—toda la su voluntad.—
El concierto que ellos tienen—por mejor y natural,
es que en el otro día,—cuando yante el emperante,
vaya el conde á palacio—por la mano le besar.
Toda la noche pasaron—descansando, en hablar,
cuando vino el otro día,—á la hora del yantar,
cabalgara el conde Dirlos:—¡muy lucidas armas trae!
y encima un collar de oro—y una ropa rozagante,
solo con cient caballeros,—que no quiere llevar mas:
á la parte izquierda Gaiferos,—á la derecha don Beltran;
viénense á los palacios—de Cárlos el emperante.
Cuantos grandes allí hallan—acatamiento le hacen
por honra de don Gaiferos,—que era suya la ciudad.
Cuando son á la gran sala,—hallan allí al emperante
asentado á la mesa,—que le daban á yantar.
Con él está Oliveros,—con él está don Roldan,
con él está Valdovinos—y Celinos el infante,
con él estaban muchos grandes—de Francia la natural.
Y entrando por la sala—grande reverencia hacen,
saludan al emperador—los tres juntos á la par.
Desde don Roldan los vido—presto se fué á levantar:
aprieta demanda á Celinos—no cesando de hablar:
—Cabalgad presto, Celinos,—no esteis mas en la ciudad,
que quiero perder la vida,—si bien mirais las señales,
si aquel no es el conde Dirlos—que viene como salvaje:
yo quedaré por vos, primo,—á lo que querrán demandar.—
Ya cabalgaba Celinos,—y sale de la ciudad:
con él va gran gente de armas—por haberlo de guardar.
El conde y don Gaiferos—lléganse al emperante,
la mano besar le quieren—y él no se la quiere dar;
mas está muy maravillado,—diciendo:—¿Quién puede estar?

El conde que así lo vido—empezóle de hablar:
—No se maravillé vuestra Alteza,—que no es de maravillar,
que quien dijo que era muerto,—mentira dijo y no verdad.
Señor, yo soy el conde Dirlos,—vuestro servidor leal;
mas los malos caballeros—siempre presumen el mal.—
Conocídolo han todos—entónces en el hablar.
Levantóse el emperador—y empezó de abrazarle,
y mandó salir á todos—y las puertas bien cerrar.
Solo queda Oliveros—y el paladin Roldan,
el conde Dirlos y Gaiferos,—y el buen viejo don Beltrán.
Asentóse el emperador,—y á todos manda posar:
entónces con voz humilde—le empezó de hablar:
—Esforzado conde Dirlos,—de vuestra venida me place,
aunque de vuestro enojo—no es de tener pesar,
porque no hay cargo ninguno,—ni vergüenza otro que tal,
que si casó la condesa—no cierto á su voluntad,
sino á porfía mia—y á ruego de don Roldan,
y con tantas condiciones—que seria largo de contar;
por do siempre há mostrado—teneros amor muy grande.
Si ha errado Celinos,—hízolo con mocedad,
en escribir que érades muerto—pues que no era verdad;
mas por eso nunca quise—á ella dejar tocar,
ni menos á los desposorios—á él no dejé estar;
mas por él fué presentado—ese paladin Roldan.
Mas la culpa, conde, es vuestra—y á vos os la debeis dar:
para ser vos tan discreto,—esforzado y de linaje,
dejastes mujer hermosa,—moza y de poca edad:
si de vista no la visitastes,—de cartas la debíades visitar.
Si supiera que á la partida—llevábades tan gran pesar,
no os enviara yo, el conde,—que otros pudiera enviar:
mas por ser buen (1) caballero—solo á vos quise enviar.—
El conde de que esto oyera—atal respuesta le hace:
—¡Calle, calle vuestra Alteza!—¡buen señor, no diga tal!
que no cale quejar de Celinos—por ser de tan poca edad,

(1) Ser vos. Canc. de Rom. s. a. y ed. de 1550.

que con tales caballeros—yo no me acostumbro (1) honrar,
mas por él está aquí Oliveros,—y por él está don Roldan,
que son buenos caballeros—y los tengo yo por tales.
¡Consentir ellos tal carta!—y ¡consentir tan gran maldad!
¡ó me tenían en poco,—ó me tienen por cobarde,
que sabiendo que era vivo—no se lo osaría demandar!
Por eso suplico á tu (2) Alteza—campo nos (3) quiera otorgar;
pues por él el pleito toman,—el campo pueden aceptar,
si quieren uno por uno,—ó los dos juntos á la par;
no perjudicando á los míos,—aunque haya hartos de linaje,
que á esto y mucha mas que esto—recaudo bastan á dar.
Porque conozcan que sin parientes,—amigos no me han de
tomaré al esforzado—Renaldos de Montalvan.— [faltar
Don Roldan que esto oyera—con gran enojo y pesar,
no por lo que el conde dijo,—que con razon lo veía estar,
mas en nombrarle Renaldos,—vuelto se le ha la sangre,
porque los que mal le (4) quieren,—cuando le quieren hacer
luego le dan por los ojos—Renaldos de Montalvan. [pesar
Movido de muy gran saña—luego habló don Roldan :
—Soy contento, el conde Dirlos,—y tomad este mi guante,
y agradeced que sois venido—tan presto sin mas tardar,
que á pesar de quien pesare—yo los hiciera casar,
sacando á don Gaiferos,—sobrino del emperante.
—Callede, dijo Gaiferos,—Roldan, no digais atal;
por ser soberbio y descortes—mal vos quieren los doce pares,
que otros tan buenos como vos—defienden la otra parte,
que yo faltar no les puedo,—ni dejar pasar lo tal.
Aunque mi primo es Celinos,—hijo de hermana de madre,
bien sabeis que el conde Dirlos—es hijo de hermano de padre,
por ser hermano de padre,—no le tengo de faltar, [llevar.—
ni porque no pase la vuestra,—que á todos ventaja quereis

(1) *No me costumbro.* *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(2) *Vuestra.* *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(3) *Me.* *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550. *Flor.*

(4) *Se.* *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

El conde Dirlos el guante toma,—y de la sala se sale,
tras él iba (1) Gaiferos,—y tras él va don Beltran.
Triste está el emperador,—haciendo llantos muy grandes,
viendo á Francia revuelta—y á todos los doce pares.
Desque Renaldos lo supo—hubo de ello placer grande :
al conde palabras decia,—mostrando tener voluntad :
—Esforzado conde Dirlos,—de lo que habeis hecho me place,
y muy mucho más del campo—contra Oliveros y Roldan.
Una cosa rogar vos quiero,—no me la queráis negar;
pues no es principal Oliveros,—ni ménos es don Roldan,
sin perjudicar vuestra honra—con cualquier podeis pelear :
tomad vos á Oliveros,—y dejadme á don Roldan.
—Pláceme, dijo el conde,—Renaldos, pues á vos place.—
Desque supieron las nuevas—los grandes y principales
que es venido el conde Dirlos,—y que está ya en la ciudad,
veréis parientes y amigos—que grandes fiestas le hacen.
Los que á Roldan mal quieren—al conde Dirlos hacen parte,
por lo cual toda la Francia—en armas veréis estar :
mas si los doce quisieran—bien los podian paciguar;
mas ninguno por paz se pone,—todos hacen parcialidad,
sino el arzobispo Turpin,—que es de Francia cardenal,
sobrino del emperador,—en esfuerzo principal,
que solo aquel se ponía—si los podia apaciguar;
mas ellos escuchar no quieren,—tanto se han mala voluntad.
Veréis ir dueñas y doncellas—á unos y á otros rogar :
ni por ruegos ni por cosas—no los pueden apaciguar.
Sobre todos mostraba saña—el esforzado Merian,
hermano del conde Dirlos—y hermano de Durandarte,
aunque por diferencias—no se solian hablar,
de que sabe lo que ha dicho—en el palacio real,
que si el conde mas tardara—el casamiento ficiera pasar
á pesar de todos ellos—y á pesar de don Beltran.
Por esto cartas envía—con palabras de pesar,
que aquello que él ha dicho—no lo basta hacer verdad,

(1) *Guia.* *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—Aguijar. *Flor.*

que aunque el conde no viniera,—había quien lo demandar.
 El emperador que lo supo—muy grandes llantos que hace :
 por perdida dan á Francia—y á toda la cristiandad :
 dicen que alguna de las partes—con moros se irá á juntar.
 Triste iba y pensativo,—no cesando el sóspirar;
 mas los buenos consejeros—aprovechan á la necesidad.
 Consejan al emperador—el remedio que ha de tomar,
 que mande tocar las trompetas—y á todos mande juntar,
 y al que luego no viniere—por traidor lo mande dar;
 que le quitará las tierras—y le mandará desterrar;
 mas todos son muy leales,—que todos juntado (1) se han.
 El emperador en medio de ellos—llorando empezó de hablar :
 —¡Esforzados caballeros!—¡y los mis primos carnales!
 entre vosotros no hay diferencia,—vosotros la quereis buscar :
 todos sois muy esforzados,—todos primos y de linaje,
 acuérdeseos de morir—y que á Dios haceis pesar,
 no solo en perder á vosotros,—mas á toda la cristiandad.
 Una cosa rogar os quiero,—no vos querais enojar;
 que sin mi licencia en Francia (2)—campo no se puede dar.
 De tal campo no soy contento,—ni á mí cierto me place,
 porque yo no veo causa—porque lo haya de dar,
 ni hay vergüenza ninguna (3)—que á nadie (4) se pueda dar,
 ni al conde han enojado—Oliveros ni Roldan,
 ni el conde á ellos ménos—porque se hayan de matar,
 de ayudar á sus amigos—ya usanza es atal.
 Si Celinos ha errado—con amor y mocedad,
 pues no ha tocado á la condesa,—no ha hecho tanto mal
 que de ello merezca muerte,—ni se la deben de dar.
 Ya sabemos que el conde Dirlos—es esforzado y de linaje,
 y de los grandes señores—que en Francia comen pan,
 que quien á él enojare—él le basta á enojar,

(1) «Juntos.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(2) «Sin mis leyes de Francia.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(3) «Ni injuria.» *Canc. de Rom.*

s. a. y ed. de 1550.—No hay agravio ni injuria.» *Flor.*

(4) «Ninguno.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

aunque fuese el mejor caballero—que en el mundo se hallase.
 Mas porque sea escarmiento—á otros hombres de linaje,
 que ninguno sea osado,—ni pueda hacer lo tal
 si estimare (1) su honra—en esto no osara entrar,
 que mengüemos á Celinos—por villano, y no de linaje;
 que en él número de los doce—no se haya de contar,
 ni cuando el conde fuere en cortes—Celinos no haya de (2)
 ni do fuere la condesa—él no pueda habitar. [estar
 Y esta honra, el conde Dirlos,—para siempre os la darán.—
 Don Roldan desde esto oyera—presto tal respuesta hace :
 —Más quiero perder la vida—que tal haya de pasar.—
 El conde Dirlos que lo oyera—presto se fué á levantar,
 y con una voz muy alta—empezara de hablar :
 —Pues requiéroos, don Roldan,—por mí y el de Montalvan :
 que de hoy en los tres dias—en campo hayais de estar;
 si no, á vos y á Oliveros—daros hemos por cobardes.
 —Pláceme, dijo Roldan,—y aun si queredes antes.—
 Veréis llantos en el palacio,—que al cielo quieren llegar,
 dueñas y grandes señoras—casadas y por casar,
 á piés de maridos é hijos—las veréis arrodillar.
 Gaiferos fué el primero—que ha mancilla de su madre,
 asimesmo don Beltran—de su hermana carnal,
 don Roldan de su esposa—que tan tristes llantos hace.
 Retíranse entónces todos,—para irse aposentar,
 los valedores hablando—á voz alta y sin parar :
 —Mejor es, buenos caballeros,—vos hayamos apaciguar;
 pues no hay cargo ninguno,—que todo se haya de dejar.—
 Entónces dijo Roldan—que es contento y que le place,
 con aquesta condicion,—y esto se quiere aturar :
 porque Celinos es mochacho—de quince años y no mas,
 y no es para las armas,—ni aun para pelear :
 que fasta veinte y cinco años,—y fasta en aquella edad,
 que en el número de los doce—no se haya de contar,

(1) «Estimara.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(2) «Pueda.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550. *Flor.*

ni en la mesa redonda—ménos pueda comer pan :
 ni donde fuere el conde y condesa—Celinos no pueda estar :
 desque fuere de veinte años—ó puesto en mejor edad,
 si estimare su honra—que lo pueda demandar,
 y que entónces por las armas—cada cual defienda su parte,
 porque no diga Celinos—que era de menor edad.—
 Todos fuéron muy contentos,—y á ambas partes les place.
 Entónces el emperador—á todos los hace abrazar,
 todos quedan muy contentos,—todos quedan muy iguales.
 Otro dia el emperador—muy real sala les hace :
 á damas y caballeros—convidalos á yantar.
 El conde se afeita las barbas,—los cabellos otro que tal,
 la condesa en las fiestas—sale muy rica y triunfante.
 Los mestralsalas que servian—de parte del emperante,
 el uno es don Roldan,—y Renaldos de Montalvan,
 por dar mas avineteza (1)—que hubiesen de hablar.
 Cuando hubieron yantado,—antes de bailar ni danzar,
 se levantó el conde Dirlos—delante todos los grandes,
 y al emperador entregó—de las villas y lugares
 las llaves de lo ganado—del rey moro Aliarde;
 por lo cual el emperador—de ello le da muy gran parte,
 y él á sus caballeros—grandes mercedes les hace.
 Los doce tenian en mucho—la gran victoria que trae.
 De allí quedó con gran honra—y mayor prosperidad.

*Silva, ed. de 1550, t. II, f. 66.—Canc. de Rom. s. a. f. 6.—
 Canc. de Rom. ed. de 1550, f. 6.—Floresta de varios
 romances (2).*

(1) «Avineteza. *Canc. de Rom.*
 s. a. y ed. de 1550. En la *Floresta*
 faltan los versos desde el que dice

Los mestralsalas que servian
 hasta el que dice:

Que hubiesen de hablar.

(2) El asunto de este romance

tiene afinidad con aquellas leyendas de una peregrinación al Oriente, de las cuales bajo este epigrafe: «Die Fahrt in den Osten» ha tratado el erudito profesor D. Guillermo Müller en su obra intitulada *Niedersächsische Sagen und Märchen* (Gotinga, 1855, pág 389 sig.).

165.

ROMANCES SOBRE EL MARQUÉS DE MANTUA. VALDOVINOS Y CARLOTO.

Romance del Marqués de Mantua. — I.

De Mantua salió el marques—Danes Urgel el leal :
 allá va á buscar la caza—á las orillas del mar.
 Con él van sus cazadores—con aves para volar;
 con él van los sus monteros—con perros pará cazar;
 con él van sus caballeros—para haberlo de guardar.
 Por la ribera del Pou—la caza buscando van.
 El tiempo era caluroso,—vispera era de Sant Juan.
 Métense en una arboleda—para refresco (1) tomar;
 al derredor de una fuente—á todos mandó asentar.
 Viandas aparejadas—traen, procuran yantar.
 Desque hubieron yantado—comenzaron de hablar
 solamente de la caza—cómo se ha de ordenar.
 Al pié estan de una breña—que junto á la fuente está.
 Oyeron un gran ruido—entre las ramas sonar :
 todos estuvieron quedos—por ver qué cosa será;
 por las mas espesas matas—veen un ciervo asomar;
 de sed venia fatigado,—al agua se iba á lanzar;
 los monteros á gran priesa—los perros van á soltar :
 sueltan lebreles, sabuesos—para le haber de tomar.
 El ciervo que los sintió—al monte se vuelve á entrar :
 caballeros y monteros—comienzan de cabalgar;
 siguiéndole iban el rastro—con gana de le alcanzar :
 cada uno va corriendo—sin uno á otro esperar.

(1) «Refrescor.» *Canc. de Rom. s. a. y 1550.*